

IMAGEN LEJANA EN EL RECUERDO DE EMILIO PRADOS

I

Al morir, hace unos días, el 24 de este mes de abril de 1962, Emilio Prados cerraba su existencia intensamente creadora de casi veintitrés años en México. Por ello, pese a su porfiado retraimiento, muchos podrán evocar la rica imagen en esos años. Yo prefiero recordar a un lejano Emilio Prados, al que estuve vinculado en mis años mozos, y que influyó en no pocos aspectos de mi vida. Es el Emilio de los años anteriores a la Guerra civil española.

Cuando lo conocí en Málaga con la buena presentación de mi amigo y compañero de estudios, su sobrino Ángel Caffarena, corría el año de 1933. Ya era un poeta conocido y reconocido por todo amante de la joven y prometedora poesía española, gracias, sobre todo, a la famosa antología de Gerardo Diego. Pero ya era apreciada su obra poética desde algunos años antes y, además, era conocido como fundador, junto con Manuel Altolaguirre, de la revista *Litoral*, que dejaría tan profunda huella como abanderada de la nueva poesía española, porque en ella aparecieron poemas que habrían de ser los grandes representantes de la llamada —impropiamente— Generación de la Dictadura o del 27. Por entonces, Emilio publicó tres libros: *Tiempo* (1925), *Canciones del farero* (1926) y *Vuelta* (1927). Otros dos libros, *El misterio del agua* y *Cuerpo perseguido* permanecieron inéditos hasta que venturosamente vieron la luz muchos años después y precisamente en México.

II

La poesía del Emilio de entonces era, por un lado, una poesía llena de luz y de gracia andaluza; y, por otro, un tanto abstracta, en la que las metáforas se engarzaban con gran audacia y maestría. Esta poesía se hallaba lejos de su poesía de la guerra y más aún del dramatismo y la profundidad que habría de revestir sobre todo en sus años del destierro.

III

Cuando conocí a Emilio, lo que más me cautivó de él fue su ternura y sensibilidad humana; es decir, lo mismo que cautivaba a aquellas gentes, los pescadores de El Palo, que ni siquiera sabían que aquel hombre que los trataba tan humanamente, que con ellos compartía el pan y la sal y que les recitaba unos versos que los sorprendían y alegraban, era un gran poeta que comenzaba a ser famoso. Tampoco sabían —y menos por boca de Emilio— que era hijo de un rico comerciante que tenía una de las mejores mueblerías de Málaga en la calle principal de Larios y que, por lo tanto, vivía en el seno de una acomodada familia burguesa por excelencia.

Lo primero que llamaba la atención de Emilio era su rostro quemado por el sol, en el que destacaban sus enormes lentes negros, tras los que brillaban intensamente sus ojos, y en el que afloraba una grata y constante sonrisa. Llamaba también la atención su indumentaria: traje negro y camisa azul oscuro, sin corbata. Finalmente, atraía su conversación, que pronto dejaba de ser diálogo para convertirse en un sabroso monólogo, salpicado de ocurrencias y anécdotas a cual más divertidas, entre las que se abrían paso su fina ironía y sano juicio.

Lo de su rostro quemado por el sol provenía de sus largas horas en la playa y, sobre todo, en la del Peñón del Cuervo, en la que se pasaba casi todo el día, rodeado de jóvenes “marengos”,

con su bolsa de tomates por todo alimento. ¡Cómo amaba Emilio el mar y el sol! Allí, en pura comunión con la naturaleza y con la pureza de los hombres del mar, las horas parecías acortarse. Aquellos hombres lo miraban, al principio, como un ser extraño que se atrevía a pasarse con ellos horas y horas entre el agua y el sol, mientras en la ciudad, los malagueños, de la clase media, sólo se acercaban al mar y a la playa para darse sus quince baños rituales cada verano. En aquel medio provinciano Emilio se complacía con la destrucción constante de prejuicios y convencionalismos. Con el tiempo, ese Emilio extraño se convirtió en lo más sencillo y natural para los pobladores de la playa. Nada les importaba la posición social del “señorito” Emilio ni su poesía, sino el hombre llano y bondadoso que llegaba de la ciudad, que no se parecía nada a los que de ella conocían, y al que acabaron por ver como a uno de los suyos.

Que la poesía de Emilio de esos años tenga ese sabor a mar y a sol no puede extrañarnos, ya que era todo eso lo que impregnaba su vida entera.

IV

Los ratos que Emilio no estaba en la playa, lo hallábamos en la ciudad, en la calle de San Lorenzo, una calle cercana al muelle donde se encontraba la imprenta Sur y en la que Emilio seguía oliendo a mar. Allí lo veíamos y podíamos conversar con él entre el ruido no ensordecedor, por cierto, de aquella modesta imprenta, muy modesta, y el silbato de las sirenas de los barcos y las voces de los marineros.

Cuando conocí a Emilio, esta imprenta ya era famosa en los medios literarios por haber salido de ella *Litoral* y, además, por la publicación de las obras de Lorca, Altolaguirre, Aleixandre, Cernuda, etcétera. ¿Qué hacía Emilio allí? Era, a la vez, propietario, editor, autor y tipógrafo. Pero sobre todo era un compañero más, que ponía suavemente sus manos en las cajas ordenando los

tipos, impregnando de poesía los movimientos de aquella dura y metálica materia. Y con su modestia y su bondad, allí era uno de tantos, pero al mismo tiempo, un rayo de luz que bañaba a todos con su sonrisa. Y todos, con un orgullo profesional, sentíanse solidarios del destino de aquella imprenta modesta que no sólo había dado a la luz algunos de los mejores libros de la poesía de aquellos años, sino que desde *Litoral* marcaba nuevos rumbos a la tipografía española.

En la playa había conocido y amado Emilio a los hombres del mar. En aquella modesta imprenta conoció y amó a los trabajadores de la ciudad. Pero aquella imprenta, más bien taller artesanal, no era el lugar más adecuado para que Emilio pudiera acercarse al gran drama del proletariado moderno. No obstante, a través de sus obreros y de sus familias, fue desplegándose ante los ojos de Emilio el vasto cuadro de toda una clase social oprimida. Por aquellos tiempos, Emilio trabó amistad con los comunistas miembros o simpatizantes del Partido Comunista como Cayetano, Bolívar o el doctor Enrique Rebolledo; frecuentó sus locales y comenzó a comprender la necesidad de que su poesía podía tener una nueva dimensión: la comunión con los otros. No eran para él la soledad y el aislamiento valores absolutos. Durante años se había mantenido al margen de los cenáculos literarios y, resistiéndose a ir a la capital española, permanecía en la provincia, en su ciudad, al margen de la que suele llamarse la "vida social". Pero su comunicación con los pescadores de El Palo y con los obreros de la imprenta Sur demostraba que su soledad provinciana tenía ventanas abiertas a nuevos horizontes.

V

En aquellos años —del 33 al 36—, hervía España tratando de dar expresión a un ansia secular de renovación. Y, fuera de ella, Europa se enfrentaba con lo que de posibilidad se había convertido en una terrible realidad: el fascismo. Emilio Prados seguía de

cerca todas estas inquietudes populares. Por él conocí el discurso de Máximo Gorki de 1934, en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos. Emilio se afirmaba cada vez más en el convencimiento de que era estéril la tendencia elitista que dominaba en su generación; que la poesía tenía que extender su radio de acción, y él mismo trató de hacer una poesía que estuviera a la altura de los tiempos convulsos, tan lejos del individualismo ensimismado como de la demagogia del arte "proletario". Recuérdese aquellos versos suyos de "Andando, andando por el mundo":

Andando, andando por el mundo como una fuente fluye,
como la sangre erige al acero en el aire,
andando andando sobre el mundo se entiende:
no es el amor tan sólo lo que se para en nuestros ojos.

VI

Por aquel tiempo Emilio se había trazado la meta de dar a la poesía esa dimensión nueva que hiciera de ella expresión del dolor colectivo de los trabajadores, y estaba tan aferrado a la empresa de acabar con el individualismo pequeñoburgués, que corroe al poeta desesperado de nuestros días, que llegó a decirme medio en broma medio en serio: "He propuesto a mis amigos de Madrid fundar una revista de poesía en la que nadie firme sus trabajos y ninguno me lo aceptó".

Fuera verdad o no, con aquellas palabras expresaba Emilio su afán de dar un nuevo sesgo a la poesía, su deseo de entrar en comunión con los otros, de acabar con todo individualismo o virtuosismo poéticos.

Consecuente con estas ideas, encontramos su adhesión y colaboración a la revista *Octubre*, fundada en 1933 por Rafael Alberti y María Teresa León, que tendía a que la poesía se comprometiera con la Revolución. Por cierto, fue Emilio quien me animó a enviar a Alberti mi primer poema, a los diecisiete años,

titulado “Romance de la Ley de Fuga”, por estar muy acorde con los objetivos de la revista *Octubre*.

VII

Cuando llegó la Guerra civil, Emilio vio en ella una tremenda tragedia para nuestro pueblo, pero no por ello pensó que debía desesperarse o enmudecer. Por el contrario, uniéndose a los mejores poetas de entonces, que había visto sobre todo en la muerte de Federico García Lorca cuán incompatible era el fascismo con la libertad y la belleza, Emilio puso su poesía al servicio de su pueblo, y en esta tarea dejó algunos de sus mejores poemas. Quién no recuerda aquel romance, “Ciudad sitiada”, en el que se conjugan la más alta inspiración poética y su más sentida identificación popular a la altura de las circunstancias: “¿En dónde empiezas, ciudad, / que, no sé, si eres mi cuerpo?”

No es la soledad lo que canta el poeta. Es un dolor el suyo tan fundido con el de los madrileños que los límites se desvanecen en la “ciudad de mi propio pecho”.

VIII

La derrota en la guerra, y el drama del destierro, imprimen un nuevo sello a su poesía. Emilio ha ganado una nueva patria, pero la memoria mantiene en vilo su dolor. Y Emilio se repliega en sí mismo, no para romper las amarras con los demás, sino para asumir poéticamente la esperanza de los desterrados frente a una España en la que la poesía no tiene sitio.

Emilio vive en México sólo para una poesía (lleno él de recuerdos y nostalgias), de preocupación por la muerte y la esperanza. Pero no es una poesía que niegue todo lo anterior, es verdad que ya no queda nada de aquel aliento alegre de los años luminosos de la playa, pero se acentúa un poderoso aliento lírico, cribado por la pena de la patria perdida:

Agua de Dios, soledad:
por los mares del olvido
mi cuerpo nadando va...
Que a tus playas llegue vivo.

México, 30 de abril de 1962.